
PEIRCE, CHARLES S.

El amor evolutivo y otros ensayos sobre ciencia y religión, Marbot Ediciones, Barcelona, 2010, 198 pp.

Esta obra, preparada y traducida por Sara Barrena, está compuesta por once textos de C. S. Peirce que pertenecen a la última etapa de este prolífico autor americano. Su interés por la relación entre ciencia y religión queda patente a lo largo de la lectura de esta obra, así como la originalidad de su pensamiento. Peirce escribe los ensayos recopilados entre 1892 y el momento de su muerte en 1914. Esta época se caracterizó por ser la etapa en la que más se dedicó a la producción filosófica y en la que alcanzó su madurez intelectual. En estos años desarrolla completamente la teoría de los signos, formula de modo definitivo el pragmatismo, produce varias teorías metafísicas y dedica mucha atención a las cuestiones religiosas.

Su interés por el tema religioso parece tener origen en el seno de su propia familia; su padre, quien ejerció gran influencia en él, era un hombre profundamente religioso y formó a sus hijos dentro de las tradiciones del protestantismo puritano. Más tarde también recibió la influencia de su primera esposa, Melusina Fay, por quien se unió a la Iglesia Episcopaliana.

La lectura de estos ensayos permite descubrir que, para Peirce, la religión es fundamentalmente una experiencia vital, en cuyo centro se encuentra el amor de Dios. Esto ya se puede entrever en el primer texto, que recoge una carta de Peirce al Reverendo John W. Brown de la iglesia de St. Thomas en Nueva York, en la que cuenta una experiencia mística que, al parecer, marcó profundamente su vida y su quehacer intelectual.

Uno de los temas más tratados en esta obra es el de la relación entre ciencia y religión. Peirce sostiene que la religión debe tener la seguridad de que la verdad no puede dividirse en dos doctrinas enfrentadas, y que cualquier cambio que el conocimiento pueda obrar en la fe del hombre sólo podría afectar a su expresión, pero no propiamente al misterio expresado. Según Peirce, las hostilidades entre ciencia y religión se deben fundamentalmente a que la religión no se ha dado cuenta de que las conquistas de la ciencia serán sus propias conquistas en la medida en que sean conquistas verdaderas. Defiende

el falibilismo y dice que para que ciencia y religión se reconcilien hacen falta dos cosas: que la ciencia modere su mecanicismo y que la religión modere la defensa de la infalibilidad; es decir, que no se comprometa con tesis cuya veracidad corresponde determinar a la ciencia.

Peirce ataca duramente a los teólogos y dice que ellos son los culpables de la ineficacia de la metafísica, porque la han usado para defender sus propias teorías. Sostiene que para rescatar a la metafísica es necesario que se acepte que ésta es una ciencia de observación y que debe utilizar los mismos métodos que este tipo de ciencias, sin la interferencia de ninguna creencia religiosa. Según Peirce, el verdadero científico está deseoso de aprender la verdad y por ello no se apega a sus creencias, sino que las tiene como provisionales.

En el ensayo titulado *Dmesis*, Peirce aplica lo que considera el núcleo del cristianismo —el amor— a un problema social muy complejo: el castigo de los criminales; de esta forma quiere probar que este principio debe estar en el fundamento mismo de la construcción de la sociedad y no puede quedarse en una bonita teoría. En el tercer texto, *El amor evolutivo*, Peirce sostiene que el universo está en constante evolución, al igual que la mente humana. Para Peirce, en la evolución del universo confluyen tanto la necesidad mecánica como la variación fortuita, pero hay un tercer elemento que es el más importante, el motor principal de este proceso evolutivo: el amor creativo, que es el amor creador de Dios. Tanto en este texto, como en *Dmesis*, Peirce critica duramente las doctrinas utilitaristas que estaban en boga en el siglo XIX, y que a su parecer consiguieron que se difundiera la idea de que la avaricia es el gran agente de la elevación de la raza humana y de la evolución del universo (p. 58).

En cuanto a la evolución del pensamiento humano, Peirce sostiene que se da gracias al desarrollo agapástico, según el cual hay una simpatía, una conexión entre la mente y la naturaleza que le permite al hombre hacer nuevos descubrimientos, que no pueden ser considerados como un logro individual sino como el logro de una comunidad. El razonamiento que permite este tipo de descubrimientos se llama *abducción*: “La abducción proporciona al razonador la teoría problemática que la inducción verifica. Esto es posible gracias a una afinidad entre las ideas del razonador y los caminos de la naturaleza”

(p.124). Para Peirce la mente del hombre tiene una luz natural que tiende a hacerle adivinar las hipótesis afines a la naturaleza.

En *Un argumento olvidado a favor de la realidad de Dios*, Peirce sostiene que la misma belleza de la hipótesis sobre la existencia de Dios y su carácter práctico, en cuanto tienen una repercusión vital, llevan al hombre a amar y a adorar a ese Dios hipotético y a adecuar su conducta a esa hipótesis, en la que la mente cree firmemente. La creencia para Peirce es un estado de satisfacción, es aquello en lo que consiste la Verdad, o la meta de la investigación, pero no se trata de una satisfacción actual, “sino que debe ser la satisfacción que sería finalmente encontrada si la investigación se prosiguiera hasta su resultado último e irrefutable” (p.180). Esta tesis se apoya en el Pragmatismo, que implica fe en el sentido común y en el instinto.

Peirce se identifica con los hombres que se dedican a la búsqueda desinteresada de la verdad y esto se ve claramente en esta obra, cuya lectura resulta un tanto compleja para quien no conozca a fondo su pensamiento; sin embargo, en la medida en que el lector va adentrándose en cada texto puede descubrirse la conexión que hay entre ellos, de forma que las ideas que Peirce desarrolla en un texto iluminan la tesis desarrollada en los otros.

Un valioso aspecto de esta compilación es, en buena parte, la defensa de Peirce de la posibilidad de entendimiento entre ciencia y religión, debido a que la verdad es una y a través de ambos caminos el hombre debe poder encontrarla. Si bien Peirce es claramente un científico que defiende el método propio de las ciencias, admite que hay algo más allá de la materia que todo hombre debe encontrar, y que la religión tiene mucho que decir sobre ello.

Martha Sánchez Campos. Universidad de los Hemisferios
martha.sanchezcampos@gmail.com